

Susini, Telémaco
Los problemas sociales

TELEMACO SUSINI

s problemas sociales

Y

La Iglesia Católica

Saludo a los estudiantes y a los obreros. — Reforma universitaria y Revolución Social. — ¿Quiénes son los anarquistas? — La acción liberal de la juventud y del pueblo. — La reforma universitaria y la enseñanza laica. — Unión de la juventud con el pueblo. — La Liga Patriótica Argentina. — La Unión Católica Popular. — Espíritu de la Gran Colecta Nacional. — De la caridad a la solidaridad social.—Deberes de la juventud y del pueblo.

SEGUNDA EDICIÓN

AGENCIA SUD-AMERICANA DE LIBROS
LIBERTAD 543

LOS PROBLEMAS SOCIALES Y LA IGLESIA CATOLICA

EDITORIAL
¡ADELANTE!

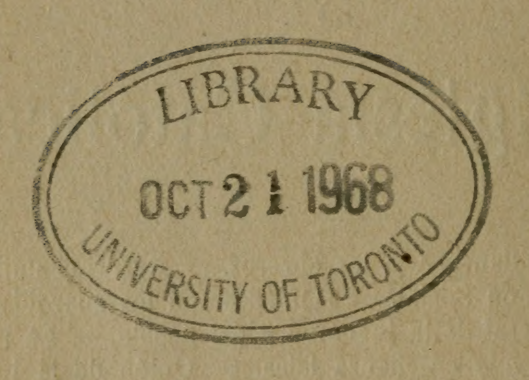
TELEMACO SUSINI

Los problemas sociales
Y
La Iglesia Católica

Saludo a los estudiantes y a los obreros. — Reforma universitaria y Revolución Social. — ¿Quiénes son los anarquistas? — La acción liberal de la juventud y del pueblo. — La reforma universitaria y la enseñanza laica. — Unión de la juventud con el pueblo. — La Liga Patriótica Argentina. — La Unión Católica Popular. — Espíritu de la Gran Colecta Nacional. — De la caridad a la solidaridad social. — Deberes de la juventud y del pueblo.



AGENCIA SUD-AMERICANA DE LIBROS
LIBERTAD 543


LIBRARY
OCT 21 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

Presentación del doctor Susini

Cuando rendido a las fatigas de la marcha, cae en el sendero el guía de los exploradores nocturnos del Fingal, coge su antorcha la mano del más fuerte y la levanta más alto todavía para que la luz no pierda la trayectoria ascensional hacia el vértice soñado. La figura de Telémaco Susini evoca, en toda su grandeza, a virtud de una perentoria asociación de ideas, la parábola del brillante escritor americano. Exploradores de la verdad en la noche del prejuicio, hace muchos años que vemos en su puño firme, seguro, extraño a las solicitaciones de la quietud, ajeno a la vacilación y al cansancio, la flámula anunciatoria de la rebelión. La recogió del seno ignorado del pueblo, de donde procede, por similitud de origen con la nueva conciencia histórica y el nuevo ideal de justicia, y con él va subiendo paso a paso hacia el vértice soñado.

Raro y hermoso ejemplo de heroísmo civil el de la vida de Telémaco Susini. A la edad en que muchos se asilan en íntimos retiros de reposo y de paz, él es activo y trabaja; a la edad en que otros gruñen en la sombra, él apostrofa a pleno sol; a la edad en que callan aquellos que sólo tienen boca para masticar el precio del silencio

— tal Sancho deglutiendo el mendrugo adquirido con moneda de servidumbre, — él habla porque piensa; cuando muchos — son legión — cubren sus ojos con las anteojeras de los intereses creados, él realiza punto a punto el ideal de juventud que, según las palabras de Altamira consiste en "seguir con afán y con modestia de discípulo, las evoluciones del pensamiento humano, que busca trabajosamente el camino para cumplir mejor los altos fines y aliviar más eficazmente cada día los profundos dolores de la vida"; a la edad en que todos los que nacieron con la espalda señalada por la marca infamante de la esclavitud y con el cerebro herido por la desventura de la incomprensión y la ceguera, reeditan enseñanzas de negación, de pasividad y de renuncia, el nombre de Susini flota en los ensueños arrebatados y generosos de los adolescentes, como dos alas de fuego saludable y purificador prendidas a los flancos de un convento.

La juventud de Córdoba, que ha levantado esta tribuna para el luchador y maestro, no tiene nada de común con la que macera sus inquietudes con el cilicio de la cofradía y con las torturas confesionales; ni con la que se alista en fracciones prestas al asalto de las posiciones públicas para beneficiar con el presupuesto su invalidez moral; ni con la que enerva sus energías con la canción canalla de los treinta dineros; ni con la que arranca con el espanto y con el miedo la miserable limosna de la bolsa de Sylok para arrojar al pueblo en nombre de la caridad lo que el pueblo reclama en nombre de la justicia. Por la responsabilidad, de suyo grande, que me impone el mandato de pronunciar las palabras liminares del acto, vaya el distingo con la moral que encierra.

Maestro y luchador: por lo que representáis para los hombres de una generación que ha roto con mano firme la tiranía de la mentira y del prejuicio, sed bienvenido a esta Córdoba libre y nueva; por lo que representáis para el pensamiento americano, sea siempre vuestro espíritu vigía de luz inalterable en la cumbre de vuestra vida.

Saúl A. Taborda.

LOS PROBLEMAS SOCIALES Y LA IGLESIA CATÓLICA (1)

Saludo a los estudiantes y a los obreros

Sean dedicadas mis primeras palabras a manifestar que me encuentro en Córdoba en una de las situaciones que más deleitan al espíritu, resultante de múltiples factores que me atraen y asombran: la magnificencia de la naturaleza realzada por el arte que la adapta a las necesidades impuestas por la civilización; el hombre fuerte en lucha con tantos elementos adversos y capaz de las mayores energías; la mujer hermosa y dotada de esa amabilidad atrayente que es también una fuerza; las delicadas atenciones con que la amistad pueda halagar las aspiraciones y mejor inspirados sentimientos; la ciudad con su grandeza pasada y presente, con dos mundos tan íntimamente confundidos, a pesar de sus divergencias fundamentales, que su proceso de diferenciación representa la creación de uno nuevo. Todo cuanto pueda abarcar la imaginación, en las reflexiones sobre su his-

---

(1) Conferencia pronunciada en Córdoba, el 4 de Noviembre de 1919, bajo los auspicios de la Federación Universitaria y de las Sociedades de Obreros.

toria y en la filosofía de todos los hechos, habla tan elocuentemente a mis sentimientos, que me impone la agradable expresión de cariño y admiración a Córdoba toda; y también la de mis esperanzas porque la evolución de los acontecimientos le sea tan favorable que pueda desarrollarse con la menor proporción del inevitable dolor que acompaña cada paso de la humanidad hacia adelante.

Y bien, cumplido este agradable deber, mi espíritu, libre siempre de toda traba convencional, al dirigirse a los estudiantes y al pueblo se expande rebosando de felicidad porque se confunde con sus hermanos en los sentimientos, aspiraciones y creencias, que impulsan y caracterizan nuestra acción benéfica, franca, sin vacilaciones y sin miedo. Nuestra mirada está fija hacia el oriente de la civilización, que se ilumina anunciando el cercano triunfo de la humanidad, que solamente podremos alcanzarlo luchando en toda forma, como quiera que se nos imponga, tranquila o violentamente, porque tenemos la razón, la fe y la fuerza para imponer la solución compatible con el estado actual de la sociedad, para conquistar definitivamente el bien moral y material.

Los saludo con tanto más entusiasmo cuanto que, como lo he manifestado en otras oportunidades, el movimiento universitario cordobés ha sido el principio de una Revolución Social, que ha provocado la solidaridad y la acción conjunta del obrero y del estudiante; los saludo asimilándolos, como lo están, en un sólo sentimiento, el amor de la humanidad, y en la indomable voluntad para constituir una inexpugnable muralla, contra la cual fracasarán las embestidas agresivas de corrupción y de violencia con que los atacan sus enemigos comunes.

De esta unión, se ha querido hacer una arma, en contra de los estudiantes. Partiendo del prinicipio de que todo medio es bueno para llegar al fin, los enemigos han clasificado como anarquistas a los obreros y se ha inculpado en consecuencia a los estudiantes de que han degenerado el movimiento universitario, convirtiéndolo en uno ácrata. De ahí la propaganda para que el gobierno aplique ampliamente la ley social a los primeros y anule las reformas universitarias obtenidas por los segundos. Además, y de acuerdo con estos móviles, se han creado dos instituciones destinadas a combatir la supuesta anarquía y el desorden amenazante: la Unión Católica Argentina, que nos dará la paz social por medio de la Gran Colecta, y la Liga Patriótica Argentina, que nos dará también la paz, por medio de la violencia y otros recursos apropiados que combine con la Unión, a la que está vinculada por sus fines y por la sumisión al imperio clerical bajo la inmediata dirección del episcopado, pues en su Consejo de Gobierno hasta tienen representación los Círculos Obreros Católicos, lo que basta y sobra para caracterizarla si otros elementos de juicio no fueran suficientes para descubrir su filiación netamente clerical.

Reforma universitaria y revolución social

He dicho, con toda intención, que se está gestando una Revolución Social y estos mismos hechos lo demuestran. Son las consecuencias inmediatas de la revolución universitaria, pues ella ha puesto frente a frente a elementos animados de ideas diametralmente opuestas en las tendencias sociales; a la manera de un fermento, la agitación se ha extendido fuera de la Universidad y de las comunes cuestiones de enseñanza, a la sociedad y a sus problemas trascendentales, creando una juventud liberal y progresista con la clara visión de un mundo nuevo y con la capacidad de acción que su misión reclama. Con tanta convicción como satisfacción lo proclamo: la juventud ha iniciado un movimiento revolucionario para cuyo triunfo está armada con la fuerza incontrastable de la conciencia del derecho que la asiste, y del poder para sostenerlo. Ha comenzado por adquirir la libertad de aprender y enseñar; ha conquistado más tarde la facultad de elegir sus gobernantes universitarios, dentro de los que con ella laboran el porvenir de la humanidad, espantando a los instrumentos serviles de la ignorancia, de la rutina y del atraso; ha cortado las garras con que el pasado funesto quería sujetar aún a la sociedad, y por fin, ha extendido grandiosamente su campo de acción lanzándose a la conquista, para todos, de la libertad de vivir en

el mundo, con los mismos derechos y deberes efectivos, o sea a las reformas sociales a base de justicia.

Hay quienes se aterran ante las palabras Revolución Social; para ellos toda agitación es una revolución, toda revolución es una violencia. Son los que viven paralizados por las tiranías que anularon sus energías o son los que explotan las situaciones creadas y temen los movimientos populares,como teme a la luz cuanto malo medra en la oscuridad. Ellos piensan, si es que pueden pensar los que fatalmente siguen la pendiente a que son arrojados por las fuerzas sobrenaturales que los arrastran, que toda revolución es un crimen; y son sus causantes los que más furiosamente la condenan, los que la provocan, los señores de la situación de violencia y de injusticia. Así como la revolución universitaria fué la obra de un período de opresión y de oscurantismo medioeval, este movimiento revolucionario es la consecuencia de la acción de los mismos elementos contra la sociedad; es la misma opresión, es la resistencia a la evolución social la que le impone el carácter de una lucha. Lo repito y lo he de repetir, para que obre en el espíritu de todos: se trata de una lucha en que tenemos el derecho y la fuerza para vencer sosteniendo, como bandera, el cambio fundamental de la organización que gobierna actualmente a la sociedad. Queremos despejar el camino que ha de llevar al pueblo a conseguir el fin deseado, para que pueda vivir en paz y no estar obligado a velar con el arma al brazo, avanzando paso a paso a fuerza de concesiones arrancadas por la agitación, intranquilo por estar constantemente amenazado y engañado, y viéndose finalmente impul-

sado a tener que imponer siempre la fuerza de su derecho con el derecho de la fuerza.

Ha dicho un ilustre pensador que toda revolución que conquista un derecho o una libertad es una revolución legítima. Y bien, la revolución universitaria ha conquistado algo más que un derecho y una libertad; ha creado una situación que arrancará las cadenas con que está aún sujeta la conciencia social; ha engendrado y puesto en movimiento la ola creciente que envolverá y arrastrará las resistencias formadas por la ignorancia y las supersticiones, hábilmente preparadas, en provecho propio, por los utilitarios de las instituciones anti-democráticas y anti-sociales que han vivido y viven de la humanidad avasallada y oprimida.

Si los movimientos revolucionarios, que no necesitan ser siempre violentos, — pues deben ser considerados, como tales, hasta la resistencia activa — son frecuentemente benéficos, la tranquilidad pasiva es tan perjudicial que es incompatible con el progreso. Entre los límites extremos de la paz y de la guerra está la evolución, están los conflictos que constituyen la esencia de la vida, tan concluyentemente demostrados por Lamarck y Darwin. Suprimid la lucha por la existencia y suprimiréis el mundo. El orden no es la inmovilidad ni la sujeción a algo invariable; el orden es la sucesión lógica de los hechos, ni detenida ni perturbada.

En una conferencia sobre la función social de la Universidad me he esforzado en demostrar que éste es un punto de partida que no debemos abandonar. La evolución se hace continuadamente sobre el conjunto de todo, desde las cosas, los vegetales y animales, hasta el hom-

bre; ella es la causa del perfeccionamiento y de la riqueza ganadera y agrícola en que nuevas clases de pasto, de cereales, flores, frutas y animales, superiores en calidad y valor a los anteriores, cubren las huertas y los campos de nuestro país. Todo está coordinado, la razón de ser de los unos está en la existencia necesaria de los otros. Si el hombre progresa en sus condiciones y en sus medios de existencia es porque el mecanismo correlacionado de la vida así lo impone.

La vida humana es de lucha entre los intereses más encontrados: entre el egoísmo y el altruísmo, entre las pasiones más generosas y las más abyectas.

He dicho, en una ocasión, que la humanidad prospera a expensas de las desgracias y necesidades de la humanidad, y debo recordarlo para insistir. Imaginad un accidente de automóvil, con la complicación de heridos, muertos, incendios, etc. ¿Cuántos van a beneficiarse de esa desgracia? Comerciantes, farmacéuticos, médicos, escribanos, abogados, fabricantes, etc., hasta la iglesia, con misas y funerales. Es decir, que todas estas profesiones, comercio e industria, han tenido su momento de utilidad en la desdicha ajena y tienen así, en ella, la razón de su existencia.

El mal de unos es el bien de otros, sí; pero un bien que no habría deseado el honesto, pues, si lo hubiera podido prever, quizá se habría sacrificado para evitarlo, a pesar de las ganancias en perspectiva. Este es el espíritu de altruísmo, que habría contrastado con el de un egoísmo feroz y hasta criminal, que hubiera impuesto la indiferencia, la pasividad ante la posible calamidad. La vida se desarrolla entre estas dos tendencias, con distintas

inclinaciones en un sentido o en otro, según las personas y las circunstancias. Puedo y debo repetir, diciendo que la razón de ser de cuanto ha significado un progreso en la vida, en todas sus manifestaciones, ha estado en la razón de existencia para los que de él podían gozar a expensas de los otros, nuevos afortunados que solamente han sido beneficiados en cuanto lo imponía el encadenamiento de los hechos!

En lo fundamental, aún hoy mismo, — después de tantos años de lucha, en que los sucesos más estupendos han jaloneado el camino que recorre la humanidad, en su larga marcha evolutiva, en que las conmociones derramaron tanta sangre de víctimas o de culpables, — a pesar de los colosales resultados alcanzados, nos encontramos con la lucha planteada en términos análogos a los de la edad media, a los de todos los tiempos: entre los que viven de los otros y los que viven para los otros.

A medida que se extiende la instrucción laica y que la ilustración general da mayor capacidad individual, se desarrolla también el espíritu de asociación de los intereses similares y lleva a la unión que aumenta el potencial de productores y de obreros. Ese espíritu de solidaridad entre los que trabajan, nacido al calor de los padecimientos y de las legítimas resistencias mutuas, levanta a los inferiores, cuyas reclamaciones son expresión de justicia; contrastan ambas fuerzas, estalla el conflicto entre los de abajo y los de arriba; pero ya no de tan arriba porque el sólo gesto de independencia ha acortado la separación. A medida que ésta disminuya crecerá el esfuerzo de los unos y de los otros en proporciones inversas, hasta que se establezca el equilibrio que reclama la

sociedad; porque es su propia existencia lo que impone el orden, es decir, el que manda respetar la evolución del progreso humano como un hecho fatal, ineludible, que constituye la coordinación social.

La vida es lucha; la inactividad es la muerte. La paz verdadera, la que persigue la humanidad y conquista paso a paso, a fuerza de constantes sacrificios y dolores, está en la evolución natural hacia destinos superiores, en la armonía social fundamentada en iguales condiciones de existencia para todos; la paz de la Unión Católica y de la Liga Patriótica es la desarmonía en la constitución social, es la quietud resignada y agradecida a sus opresores, la que aspira el desgraciado paralítico social, incapaz de toda acción, de voluntad. Solamente los pobres de espíritu — infelices productos de la ignorancia o de una educación degradante — pueden creer que el bienestar y la paz es la tranquilidad del siervo; están bien lejos de comprender la majestad de la vida de quien se siente dueño de sí mismo, basado en su independencia, dignidad y altivez, esa majestad cuyas protestas son rayos que la justicia ultrajada fulmina contra el fanatismo hipócrita y mandón, que avergüenza nuestra cultura y atenta contra los más imprescindibles cimientos de toda sociedad civilizada.

¿Quiénes son los anarquistas?

Porque sostenemos estas ideas se nos llama anarquistas, para lanzar contra nosotros a los necios y a los interesados en el éxito de la maniobra. Por mi parte no necesitaría contestar: sobran los actos públicos de mi vida. En mi lección última a la juventud he afirmado que se puede servir a su patria en todos los partidos, con excepción de aquellos que son enemigos de la humanidad: el clerical, porque en nombre de la omnipotencia divina destruye en su provecho la labor y la libertad humana, y el anarquista, porque en nombre de la violencia, la aniquila. En cuanto a ustedes, ahí está su obra, el programa de su acción reparadora y constructiva.

Tan no somos ácratas, que queremos la paz preparada por la paz y combatimos a los que tan obstinadamente la perturban, a los que van a provocar ahora la agitación más intensa con una agresión suicida, porque serán las víctimas de su tentativa criminal.

La paz social del clericalismo es la destrucción de cuanto hemos progresado; la nuestra, como lo he dicho, es constructiva, la basamos en la organización del trabajo, en instituciones políticas y sociales apropiadas, en el ritmo evolutivo que sigue la humanidad hacia su perfeccionamiento. La paz social clerical es peor que la posible cristalización de la civilización en las condiciones actua-

les; es el envilecimiento del ser humano convertido en siervo de castas y embriagado con el narcótico de la limosna católica, que solamente le reconoce los mismos derechos que al animal de trabajo: a un tiempo dado de labor y a una ración suficiente para que el rebaño quede satisfecho y obediente al pastor con que la divina providencia lo ha favorecido, para su mayor bienestar en este mundo y el otro, y para la mayor gloria de Dios.

Ante la amenaza de que pudieran triunfar tales propósitos, nuestra actitud no puede ser la tranquila y paciente que ellos desean y que pretenden imponernos. Quedo así bien justificado, cuando en otra oportunidad me dirigía a la juventud de Córdoba, — mucho tiempo antes que los clericales se desenmascarasen y lanzaran su famoso manifiesto de guerra para arrancar la Gran Colecta que aseguraría su paz social, — denunciando la actividad del episcopado y clamando por la formación de un organismo liberal que salvara a la sociedad de la crisis que se provocaba.

Ya estamos en lucha. ¿Y quiénes son los anarquistas? ¿Quiénes son los que van contra las leyes del Estado? ¿Quiénes son los que violan las leyes de educación y del matrimonio, los que conspiran contra la soberanía de la Nación supeditándola a Roma? ¿Quiénes son los que pretenden superponer su autoridad a las civiles constituídas y que cuando las circunstancias les convienen hacen circular verdaderas proclamas revolucionarias? ¿Quiénes son los que ahora lanzan el país a una guerra religiosa? Ellos son los anarquistas, los desordenados; pero lo son de una casta especial, privilegiada, que desorganiza la sociedad para someterla a su autoridad y que recibe paga

y honor en premio de su obra, que es más perniciosa, muchas veces, en sus propagandas y en su acción, que la de los mismos ácratas: tanto más violenta cuanto que la fuerza pública le garantiza la impunidad y colabora en su acción liberticida.

¡Nosotros, los que trabajamos por la paz social a base de igualdad para todos y de libertad, podemos horrorizarnos y condenar los crímenes y atentados de la locura anarquista! ¡pero no vosotros, ultramontanos, que habéis cometido más crímenes y violencias robando, asesinando y quemando, a vivos y muertos, — con esa institución infernal, la Inquisición que aún santificáis, que os inspira en vuestras persecuciones al obrero y al hombre libre,— que todos los que pueda concebir la más calenturienta imaginación criminal!

¡No podéis horrorizaros, vosotros, de las proclamas anarquistas que predican las violencias y el crimen, si habéis hecho de la inquisición un acto de la divinidad que dirige vuestra acción actual! Uno de vuestros más sabios teólogos ha escrito así como una sentencia, que para vosotros es una verdad dogmática. Es el padre Macedo, es decir, vosotros mismos, quien habla: "En el principio, dice, la inquisición fué fundada en el cielo. Dios desempeñó las funciones de primer inquisidor, cuando fulminó a los ángeles rebeldes. Continuó en ejercerlas con Adán y Caín y los hombres a quienes castigó con el diluvio. Moisés las desempeñó en su nombre, cuando castigó a los hebreos en el desierto por muerte violenta, el fuego del cielo, las serpientes ardientes, o haciéndolos tragar por los abismos de la tierra. Dios le transmitió en seguida esa función a San Pedro, su vicario entre nos-

otros, que mató a Ananias y Safira; y los Papas, sucesores de San Pedro, las transmitieron a Santo Domingo y a su orden".

Un clerical de renombre, Veuillot, a fines del siglo pasado se lamentaba de que no se hubiera derramado tanta sangre como era menester y proclamaba con júbilo que estábamos en vísperas de que recomenzara la Inquisición, que aún persiste en formas atenuadas, pero siempre crueles y malignas, que el tiempo no ha podido aún eliminar.

La acción liberal de la juventud y del pueblo

Ante hechos de esta naturaleza,en el momento histórico actual que marcará una época extraordinaria en la evolución de la humanidad: ¿Cómo podríamos ser dominados por una indiferencia que sería criminal? ¿Cómo no hemos de agitarnos y empujar los acontecimientos a la revolución social que los mismos reaccionarios provocan con su resistencia al progreso? Tan es así, que a pesar de los signos que exteriorizan las ansias de mejoramiento, a pesar de las sacudidas de un organismo agitado por las injusticias y las decepciones, a pesar de los gestos que anuncian la posibilidad de la rebelión final que imponga soluciones, ya demasiado retardadas, levantan ellos el pendón de la teocracia contra las libertades humanas, y lo levantan con ademanes airados, violentos, como inquisidores. Piensan que así imponen y lo que imponen es su ruina.

No, no es posible permanecer tranquilos ante la amenaza de tantas calamidades. El pueblo, todavía adormecido por el peso de las situaciones hechas, debe despertar con bríos después de tan largas y oscuras noches de opresión, en que claridades intermitentes engendraban esperanzas, incompletamente realizadas, de que desaparecieran las tinieblas para que iluminase el día de la reparación: igual derecho de todos a la vida, basado en la capacidad del trabajo de cada uno, igual deber para todos de ganar el

pan con el sudor de su propia frente, e igual derecho a vivir sin amos de ninguna especie, ni de representación divina ni humana.

No debo negar que algo queremos destruir: es solamente lo perjudicial para el hombre en la influencia de la tradición, de las costumbres, de las instituciones defectuosas, de las conveniencias malsanas, personales y políticas, del industrialismo religioso que es la negación de Dios y de la religión — que respeto cualquiera que ella sea. — De ese industrialismo que especula con un Dios, que invocan los tiranos y los embaucadores, que han creado para su exclusivo provecho y modelado a su propia imagen: interesado, pedigüeño, vengativo, cruel, incapaz y desagradecido.

¡Qué abismo tan grande separa a estos hombres de la moral de Cristo! Y es en nombre de su moral degradante que con toda tenacidad persiguen su objetivo capital: atraerse a los obreros, desviándolos de las corrientes democráticas y separándolos de los estudiantes.

Bien saben los clericales cuanto representa esta unión para el triunfo de la sociedad, pues la historia de todo el mundo civilizado honra sus páginas con la relación de las abnegaciones y heroísmos que han ofrendado juntos a la libertad, combatiendo contra todas las tiranías civiles y religiosas.

Sí; bien saben que el pueblo, por más tranquilo y adormecido que aparezca, aún desalentado por fracasos injustificados o por cruentos contrastes, tiene energías para engendrar tempestades purificadoras.

Y saben también que los estudiantes, hoy como ayer, viven para cumplir una misión superior a su juventud. En

cada uno yo quisiera ver a un Camilo Desmoulins, que recién egresado de la facultad, a los 20 años, cuando el pueblo está desfalleciente, casi anonadado, lo levanta con el fuego de sentimientos que dan a su voz la elocuencia que eleva a los espíritus en el propósito y la voluntad de derribar al despotismo secular, y arrebata a ese pueblo de estudiantes y de obreros, casi paralizado por la impotencia, y marcha con ellos a la revolución que inflama en todas partes bajo su acción. ¡Y dos días después, son ellos, estudiantes y obreros, quienes derriban la Bastilla, el símbolo del pasado servilismo!

En toda la revolución francesa, al lado de los obreros, estrechamente unidos con ellos por las ansias de libertad, no fueron menos decididos y patriotas los estudiantes que aun cursaban las escuelas, tanto en las asambleas políticas y en la constituyente, como en las acciones armadas, en las barricadas o en los campos de batalla. Por todas partes, su capacidad y su heroísmo hacen proezas; la elocuencia de su ejemplo multiplica las fuerzas, lo mismo en las horas sonrientes de triunfo que en las amargas de los reveses. Su alma canta himnos de libertad y marcha consciente de su misión, con igual grandeza de sentimientos, al cadalso del sacrificio que a la apoteosis de la gloria.

Qué hermoso cuadro y qué lección tan estupenda la que nos ofrecen los estudiantes y el pueblo alemán cuando asaltan y destrozan, convirtiéndolo en reliquias, el cadalso en que la tiranía cometía el crimen de ajusticiar al estudiante Carlos Sand, sacrificado por su amor a la libertad. Rugientes de indignación y de odio hacia los déspotas, recogen en sus pañuelos la sangre del mártir, que, aun después de tantos años en que ha vivificado genera-

ciones de estudiantes que fundaron libertad, nos impone el respeto y la admiración por la juventud sana, ajena a egoísmos, amante de las grandes acciones, sedienta de justicia.

Nuestra propia historia, desde los días luminosos de la independencia hasta las épocas más tristes, es un monumento levantado a su conducta ejemplar.

La reforma universitaria y la enseñanza laica

He dicho y lo sostengo, que la reforma universitaria tiende a formar al ciudadano haciéndole capaz de sus excelsas funciones. Los clericales de toda especie, de la Colecta y de la Liga, la culpan qué ha concurrido a desordenar los estudios; que ha suprimido la jerarquía del profesor haciéndoles copartícipes en una asamblea electoral; que se le han acordado atribuciones incompatibles con su edad y falta de conocimiento de las cosas y personas, y así se convierten en instrumentos de las ambiciones de otros.

¡Qué error tan grande descalificar a la juventud por temor a su inexperiencia, porque descalificarla es sacrificar el porvenir! Yo creo y confío en la patria y en la humanidad, porque creo y confío en la juventud, en las virtudes de su edad.

En la juventud se exaltan las pasiones más generosas en el amor de lo ideal y por todo lo que eleva la dignidad humana, así como su repugnancia y aun su odio por todo lo que la deprime y la tiraniza; los sentimientos de abnegación y la audacia de la voluntad, que no tienen más límite que sus aspiraciones por la sana gloria de los grandes apóstoles del progreso humano; su espíritu de rebelión, que el ardor de sus años sustrae al frío cálculo de las conveniencias o de los temores. ¡Sí, ese bendito espíritu de

rebelión que es la vida, pues de él germinan todas las virtudes del ciudadano libre!

Allí donde la juventud se agita, aunque sea tumultuosamente, allí hay vida, allí hay porvenir; allí donde la juventud mansa y tranquila inclina servilmente su frente ante los que mandan o dirigen, allí hay una vida enferma. La primera mira bien alto hacia su destino, en los de la humanidad, con los que está íntimamente vinculada; la otra mira hacia la tierra, busca su tumba moral y arrastra consigo al rebaño de incapaces.

¿Qué de extraño tiene, pues, que los déspotas de todas las categorías y los clericales, clamen por una juventud tranquila, paciente y ordenada?

¿Qué de extraño que un sacerdote, con motivo de los sucesos ocurridos en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, se haya dirigido al decano felicitándole en términos despectivos para los estudiantes, a los que inculpa que con su indisciplina han traído el desquicio actual? Porque para estos señores solamente es disciplinado el estudiante que no tiene vida autónoma, especie de instrumento servil, tan obediente a quien lo maneja como el lapicero y el pizarrón.

Y este señor que así se expresa es un sacerdote que se distingue por la procacidad de su lenguaje en sus llamadas conferencias, en que derrama la calumnia y la injuria en tal forma que alguna vez ha provocado la intervención activa de los verdaderos estudiantes.

Esta guerra de los clericales a la reforma universitaria es la mejor demostración de su excelencia, pues la rechazan porque, como lo acabo de indicar, tiende a formar el carácter del ciudadano del porvenir, del ciudadano ilus-

trado, independiente, tal como lo exige la democracia; tal como lo abominan los clericales.

Por ésta razón la reforma universitaria debe ser intangible, todo atentado contra ella es contra la universidad, contra la patria, la sociedad y la humanidad. Los que en nombre de la paz social quieren anularla, son los eternos enemigos de la juventud libre. No tenemos por qué engañarnos; tenemos delante de nosotros el mismo problema social, ser o no ser, el que ha mantenido la lucha secular entre la Universidad y el clericalismo, y que comprende la educación toda, desde la superior hasta la instrucción primaria. Es la lucha entre la instrucción laica que quiere hacer del niño un hombre y de la religión que quiere hacer del niño un reptil.

La iglesia, y especialmente los jesuítas, han considerado como programa esencial de su acción poner la instrucción pública bajo su dirección absoluta, porque sabe muy bien cuán grandes influencias ejerce en la evolución ulterior del sujeto. Nada tiene, pues, de extraño que el distinguido organizador de la Liga Patriótica, en un discurso pronunciado en Buenos Aires, en el teatro Colón, haya recalcado sobre sus aspiraciones a que desaparezca la escuela laica y sea reemplazada por la religiosa, por la con Dios, es decir la que entrega la enseñanza a la iglesia. Ultimamente ha ido aún más lejos: ha formado las primeras escuelas confesionales con el padrinazgo de monseñor Duprat de la arquidiócesis de Buenos Aires y amenaza con extenderlas a todo el país.

No puede existir la emancipación de la universidad de la tutela clerical si no se emancipa el hombre. Los hechos anteriores nos demuestran que debemos hacerlo protegién-

dolo desde la infancia, que es imprescindible que lo hagamos, porque en ella se hace sentir más funestamente la acción degradante clerical; porque cuando obra sobre el alma del niño como leyenda o superstición, cuando obra haciéndole creer en un poder sobrenatural, creador de un mundo en que interviene aniquilando la libertad humana. y procediendo bajo el imperio de las pasiones que la sociedad considera como inmorales, es un atentado contra el hombre. Es en la infancia que arraigan las enseñanzas malsanas del ultramontanismo, que debe ser totalmente proscripto de las escuelas. Debemos poner nuestro empeño en que la instrucción sea obligatoriamente laica y multiplicar las escuelas públicas. Este es uno de los primeros deberes de todo gobierno y programa republicano.

Unión de la juventud con el pueblo

Desearía que estas mis palabras no se interpretasen como una manifestación de temores que no debemos sentir; pero en cambio creo que debemos reforzar nuestra acción defendiendo al niño que es el joven de mañana, y al joven, que es el porvenir de la sociedad y su sostén cuando es necesario. Por su parte la juventud debe imponerse la resolución inquebrantable de sostener las posiciones conquistadas, mostrándose digna de si misma y de la universal tradición, y dispuesta a acompañar al pueblo en sus reivindicaciones como expresión de una sanción social ineludible.

Debe hacerlo impulsado, no solamente por altruísmo, sino en la defensa de su propia causa, porque el pueblo será su mejor aliado, como lo ha sido aquí en Córdoba, pues según he oído con intensa satisfacción a uno de los pensadores más jóvenes, la causa universitaria tuvo un sostén poderoso y decisivo en la colaboración popular.

No me cansaré de clamar porque obedezcamos a esa tendencia natural de sostener y fortalecer el espíritu de solidaridad entre los estudiantes y el pueblo, provocado por las mismas causas de opresión y cuyo éxito final depende de la mutua acción cooperadora. Lo demuestran, con una elocuencia que me falta, las siguientes frases del gran historiador y filósofo Michelet, cuando en su segunda lección en el Colegio de Francia, incitaba vehementemente

a sus discípulos a que solidarizaran con el pueblo y trataran de obtener su concurso necesario para el triunfo de las ideas democráticas. Les dice: "Id a buscar la fuerza. ¿Dónde están los que la tienen? Pues bien, ella está arriba y abajo, en el hombre de genio, en el pueblo. Allí encontraréis lo que falta en la sociedad media y que es lo que más necesitáis: la energía moral, la gran voluntad, la fuerza para hacer y para sufrir. Los poderosos del genio, los que dominan y crean el tiempo, los que lo atraviesan con una acción animosa y paciente, esos son los únicos que saben el misterio de la vida; el mundo intermediario nunca sabrá nada, hablando siempre de lo positivo y siguiendo quimeras, enceguecido cada día por el placer y el interés. Sabedlo, la realidad, la fuerza, no están allí".

El comentador, a quien he tomado estas líneas, hace notar que el gobierno, a pesar de las policías y gendarmes, tuvo miedo y el curso fué suspendido porque se temblaba ante esta propaganda, que traía como consecuencia la unión del pueblo con la juventud de las escuelas; y agrega: "Ciego como todos a quienes los dioses quieren perder, no advirtió que cerrando una válvula más preparaba y avanzaba en otro tanto una explosión inevitable".

Bien conocen nuestros enemigos esta fuerza del pueblo y por eso tratan de atraerlo siguiendo sus viejas prácticas de engaño o de violencia. Bien saben que el pueblo es el factor anónimo de gloria y de grandezas, que son suyas y que otros aprovechan frecuentemente, pedestal de héroes, ingratos o traidores que engendró su sangre, pues cuando se le excita con móviles que hablan a sus sentimientos generosos, en nombre de la fe, de la patria, de la libertad, se deja seducir y va al sacrificio como víctima

expiatoria de todas las ambiciones nobles o perversas. Bien conocen los sacrificadores que si la violencia es frecuentemente ineficaz para someterlo, el ardid bien empleado, hoy como ayer, puede asegurar el éxito, el éxito que significa convertirlo en su propio enemigo.

En nuestro país no tienen autoridad para cerrar las clases ni aprisionar profesores, aunque lo deseen; pero ejecutan todas las maniobras tendientes a apoderarse primeramente de la enseñanza y del pueblo, que después vendrá lo demás. Con ese objeto tratan de llevar a cabo una estupenda maniobra. Con la Gran Colecta y sus millones, en nombre de la caridad y de sus obras, y çon el torniquete que habla a su patriotismo, el de la Liga Patriótica Argentina, atraerán a los unos y alejarán aterrorizados a los otros, y quedarán dueños y señores de la situación. La prueba de que se consideran con capacidad para ello está en las declaraciones de la Unión y las del presidente de la Liga, que acentuó sus tendencias ultramontanas cuando, aunque su talento y habilidad lo llevaban a ser prudente, sintiéndose bastante fuerte pronunció en el Colón, el discurso a que me he referido, en que hacía gala de su encono contra la ley de enseñanza y lanzaba un desafío al espíritu liberal.

En esta forma se ha tendido las líneas por ambas partes; nos encontramos así en dos campos bien diferenciados, próximos a una acción impostergable y no podemos dejarnos sorprender. Es menester que sigamos el ejemplo de nuestros adversarios, que hagamos a un lado los movimientos intermitentes, espasmódicos, y que obremos metódica y continuamente.

Que esta unión de los estudiantes y del pueblo, que es

nuestra fuerza, sea algo más que una alianza; la universidad y el pueblo deben constituir la unidad de la sociedad, el baluarte de la libertad y del progreso social, bien fuerte en su realización para que sea inexpugnable contra los ataques de todos los elementos reaccionarios. La universidad, fuente de ilustración; el pueblo, la fuerza. El pueblo, que hoy es, frecuentemente, genio y fuerza.

La táctica de los clericales para vencerlo consiste en procedimientos basados en el mimetismo, fenómeno bien conocido por los naturalistas. Ciertos animales, generalmente con un fin defensivo, toman las apariencias de las plantas: hojas, flores, etc., en que habitualmente viven, para así escapar con fortuna, a las persecuciones de sus naturales enemigos. Puede producirse la inversa, un animal para caer más fácilmente sobre su presa, toma aspecto que no despierta la desconfianza; esto es lo que pretende hacer el clericalismo con el pueblo, en el momento que le lleva uno de sus más formidables ataques. Para establecer su paz social — que ya sabemos lo que significa — toma el aspecto de caritativo y de patriota, proponiéndose un doble efecto: en nombre de la caridad, quiere atraer su confianza, arrojando, como cínicamente ha dicho, la carne a la fiera que lo amenaza, y en nombre del patriotismo argentino lo fulmina con violencia, condenándolo como extranjero y anarquista.

La liga patriótica argentina

Ante todo séame permitido dar una vez más una expansión a mi espíritu, saludando a los extranjeros que forman parte de nosotros mismos.

El extranjero en la República Argentina, como consecuencia de nuestra legislación — que hace argentinos a sus hijos, nacidos en el país — es completamente distinto del extranjero en Europa, donde su descendencia es extranjera también, formándose así nacionalidades infiltradas dentro de otras nacionalidades. Entre nosotros hay extranjeros; pero sus hogares son argentinos. "El sentimiento nacional, — he dicho dirigiéndome a los estudiantes de Buenos Aires, — desarrollado en los pocos años de existencia libre, ha dado forma tangible a nuestra legislación, y ha concurrido a ello la acción de los mismos extranjeros, padres de familia, que han llegado a considerar como su patria la de sus hijos. Así se forman las familias que confunden en un sólo sentimiento, nacido al calor del hogar, al amor de dos patrias. Si los padres respetan la patria de los hijos ¿qué tiene de más natural que los hijos respeten y amen la patria de sus padres? He ido aún más lejos y con toda razón, cuando manifestaba que por las vinculaciones existentes en nuestro país entre las diversas nacionalidades latinas, la parte que tenían en la constitución de nuestra nacionalidad y en nuestros sentimientos, cuando yo exclamaba: ¡Viva la República Ar-

gentina!, iba implícitamente comprendido un ¡viva España! ¡Viva Francia! ¡Viva Italia!. Saludemos al porvenir. Esperemos que la evolución de los acontecimientos continúe el encadenamiento de todas las nacionalidades posibles para formar la nuestra, y que sangre de su sangre, sentimientos de sus sentimientos, confundan — cuando gobierne la Justicia a los pueblos — el amor patrio de cada uno en el amor de la patria universal, el amor del hombre a la humanidad, constituyendo una sola familia en que todo la una y nada la separe".

Esta ha sido mi tendencia de siempre y he trabajado por ella los mejores años de mi vida, combatiendo los patriotismos especuladores que tanto daño nos han hecho siempre, lo que me obliga a repetir una vez más lo que con toda decisión he manifestado a este respecto, en mi lección de despedida de la Facultad, dedicada a la juventud, el año 1917.

"... Espíritus malignos enmascarados con el disfraz de la previsión patriótica, que clama por armamentos para provocar armamentos, que inculpa intenciones agresivas para provocar agresiones defensivas, habían preparado una situación"...

... Esto lo decía, refiriéndome a nuestras relaciones con el Brasil. Cambiado el escenario, las cuestiones externas por las internas, el hecho es tan el mismo, que se podría pensar que esas frases habíanse escrito para el momento actual.

La Liga Patriótica Argentina es la menos autorizada para hablarnos de patria porque, como ya lo he dicho, coloca sobre todo y ante todo al Vaticano; porque sobre todas las leyes, y antes que todas, pone la voluntad del

Papa; porque se levanta contra las leyes argentinas cuando bajo pretexto de orden organiza la persecución contra el obrero extranjero para sembrar odios y violencias, y recogerlas multiplicadas, porque bien sabe que quien siembra vientos recoge tempestades. No necesitamos de tal Liga; para eliminar los elementos perjudiciales nos sobrarán leyes justas y previsoras.

No queremos el patriotismo adobado para crear héroes de artificio, destinados exclusivamente a ser la base de honores para su descendencia; no queremos patriotismo que inculca el amor de las glorias guerreras y el desprecio por las virtudes ciudadanas; no queremos el patriotismo antagónico del progreso social y que apuntala cuanto tiende a incubar despotismos. No queremos el patriotismo en guerra con la Constitución Nacional, que tan sabiamente establece que se promueva el bienestar general y se asegure los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino.

La unión católica popular

Si la Liga Patriótica no puede engañarnos, lo podrá aún menos la Unión Católica; monseñor de Andrea, que es alma de esa institución — como, en verdad, lo es en gran parte de la Liga — y a quien me complazco en reconocer como un hombre astuto y de ilustración, quiere ilusionar al pueblo predicando la democracia y el socialismo; pero no se necesita mucha penetración de espíritu para comprender que si este mundano monseñor puede producir efecto en su auditorio interesado, no puede arrastrar a nadie por el abismo que lo separa de la verdadera democracia y socialismo, porque a cada paso asoma el ultramontano, que descubre el mimetismo con que la iglesia quiere hacer pensar en una evolución que resulta una maniobra.

La democracia no está en la fraseología, y menos en la fraseología de sus enemigos, de sus constantes perseguidores; si la democracia es una forma de gobierno que nace del pueblo, no puede ser una institución católica, porque las de la iglesia son esencialmente teocráticas, consagran como supremo señor a un amo infalible y tienen como elemento de gobierno la sujeción del pensamiento y de la conciencia a la razón indiscutible de un superior gerárquico. La iglesia es el gobierno de las más grandes mistificaciones que hayan afligido a la humanidad, incompatibles con el ideal republicano, tanto en sus formas con-

sagradas como en sus proyecciones actuales, porque éstas no son otras cosas que una trampa para cazar inocentes o necesitados.

Monseñor de Andrea, de quien me ocupo especialmente, por su influencia en la Unión Católica y porque goza de retórico prestigio, ha publicado en un folleto sus últimos discursos que comprenden, a mi juicio, el programa y el espíritu de la Unión Católica y podría agregar también de su aliada, la Liga, que sigue una acción combinada.

Según monseñor, la causa del movimiento subversivo actual, debe buscarse en la Reforma, en la falta de noción de jerarquía, en el espíritu democrático universal y en la solidaridad del individualismo como consecuencia de aquella.

El espíritu jerárquico ha sido y debe ser grato al clericalismo porque importa la supremacia de una autoridad superior, que a pesar de infinitos rodajes y pseudo independencias, es la que domina. Si bien el número de jerarquías es variable, en el sentido clerical, todas y en todas partes del mundo deben estar supeditadas a una infalible, a la religiosa, porque representa a la omnipotencia divina que arma como Jefe al Papa, directo representante de Dios, y en cada sociedad o país a la jerarquía religiosa representante del Papa. Es decir colocan la jerarquía religiosa sobre la civil y aunque no lo proclamen siempre abiertamente, en el hecho eso es lo que pretenden.

Pueden soñar con volver a los tiempos primitivos de la humanidad, disimulándolos con terminologías sociales actuales, en que sólo había una jerarquía, la sacerdotal, y bien pueden pensar esto y mucho más los hombres del

clero, ante cuya posición representativa se humillan y arrastran intelectualidades que quieren gobernar al país y a la sociedad, haciendo pública abdicación de su libre albedrío, de su categoría de hombres libres, para exhibirse como sectarios fanatizados por las peores de todas las creencias y por la obediencia utilitaria al Jerarca más ominoso.

Ya Inocencio I° había establecido que el poder real sacaba fuerza del poder de la Iglesia, y antes que él, otro Papa, Gregorio VII, predicaba que siendo Dios el dueño del Universo, que había creado su representante, el Papa debía gobernar a las naciones. Esta es, a pesar del tiempo transcurrido, todavía la cuestión actual: si debe gobernarnos la iglesia y sus adláteres, o si los pueblos deben gobernarse a sí mismos; es decir, si los pueblos deben tener instituciones cuyos fundamentos sean los intereses de quienes los constituyen o los intereses religiosos; en una palabra, si debe ser laico o clerical, si la Iglesia debe estar totalmente separada del Estado.

El desastre que están sufriendo los reyes es un síntoma bien halagador y evidente del que seguirá su manantial de fuerza, próximo a agotarse, tanto para los otros como para sí.

Si ya esta idea de jerarquía absoluta suprime, por sí sola, todo espíritu social y democrático, nada tiene de extraño que un monseñor la emprenda contra la Reforma, la autonomía humana y el espíritu democrático. ¡Cómo la Unión Católica no ha de condenar la Reforma cuando ella es, como bien lo expresa Guizot, una insurrección del espíritu humano contra el poder absoluto en el orden religioso!

Qué lejos está la Unión Católica, y monseñor, del abate Gioberti, quien con sano espíritu religioso había estudiado las miserias de la Iglesia y reconocía que el jesuitismo, que la domina, había convertido la religión en una enemiga de la civilización. El jesuitismo, el modelo más acabado de la sujeción jerárquica.

Como no pertenezco a ninguna secta religiosa, nada me impide tomar de la Reforma cuanto ella tiene de fundamental para la organización de la sociedad y reconocer cuanto le debe el progreso de la humanidad, retardado por el yugo con que la iglesia romana sujetaba a la razón y a la voluntad.

Monseñor de Andrea, en esto de acuerdo con Blanc, le reprocha el individualismo, lo que poco nos interesa, aunque podemos hacer notar que Balmes, el furioso defensor del catolicismo, decía en 1848, refiriéndose al fundador del protestantismo: "cuyo individualismo está lejos de merecer la importancia que se le ha acordado en otro tiempo".

No es a nosotros a quienes se puede llamar individualistas; se puede demostrar que, precisamente, la conciencia de nuestra capacidad individual, en sus relaciones recíprocas, nos lleva al colectivismo, que solamente puede tener por base la suficiencia de cada una de las partes del organismo social a la función autónoma de que está encargada.

El mayor individualismo lo representa el clericalismo, por parte de los que lo dirigen; y su negación absoluta para los que le sirven de instrumentos, porque han dejado de ser un *Yo* para ser una cosa.

Si la Unión Católica detesta la Reforma, no es por

sus doctrinas sociales, sino, según la justificada opinión de un filósofo, porque Lutero destrozó las rejas del calabozo en el cual el absolutismo papista, durante 1.200 años, había tenido encerrada a la razón humana.

No puede extrañar tampoco que sueñe con el fantasma del espíritu democrático, que se agranda tanto que le inspira resoluciones extremas. Ese espíritu democrático ha impuesto el sufragio universal; ha consagrado el voto secreto; ha creado anhelos de ejercitar la propia capacidad para el gobierno y desligarse de tutores forzosos; somete al libre examen los actos públicos; se ilustra, se prepara y se impone.

No hay que combatirlo, sino que ilustrarlo. Una de las causas de incapacidad está en el analfabetismo, en la pésima orientación escolar, en la enseñanza religiosa cuyas escuelas no deberían existir porque son escuelas de conspiración, y en las tradiciones electorales de los viejos partidos políticos. Mil veces más perjudicial que el analfabetismo es la indiferencia por las ideas y la sujeción ciega a las agrupaciones electorales, pues originan hechos deplorables como el que voy a referir. Una persona de ilustración reconocida, profesor y consejero de una facultad, a quien se felicitaba por el triunfo de su partido, en las últimas elecciones de senador y diputado en la capital federal, respondió, con un amargo sentimiento de propia reconvención: su felicitación es al triunfo de mi voto y a la derrota de mis ideas.

Esta es, desgraciadamente, una situación que parece sin salida por el momento. Si ese ejemplo dan los intelectuales o los que deben serlo ¿qué derecho tenemos para quejarnos del pueblo? ¿Con qué derecho nos la-

mentamos de la obra que nosotros mismos preparamos?

Inspirémonos en los ultramontanos, que en todos los partidos en que especulan llevan la parte del león. En ningún caso, bajo ningún concepto, votemos por aquellos que ponen sus creencias arriba de la Constitución, de las instituciones y de los intereses de la sociedad democrática, porque esos hombres nada respetan y bajo la presión de un fanatismo feroz, lo mismo dictan leyes perjudiciales o sostienen un sistema que en último término llega a sancionar todas las iniquidades legales y hasta a prostituir la justicia.

Espíritu de la gran colecta nacional

Ellos trabajan sus fuerzas electorales y agitan furiosamente sus actividades en toda forma y creen haber encontrado una nueva lanza de Aquiles, que les dé la victoria.

Esta arma de combate de la Unión Católica, es la Gran Colecta — que aparentemente está destinada a la realización de obras que sirvan al bienestar del obrero. En primer lugar, como los intereses de la Iglesia y los del hombre libre son incompatibles, todo lo que ella emprenda y tenga por objeto tiene que ser en su contra. Entiendo por intereses de la Iglesia, los de la comandita que comprende a las autoridades de la misma y a todos los que en formas más o menos variadas utilizan social o económicamente su dependencia clerical. La historia de la iglesia de Roma, que según Goethe tiene las tragaderas más grandes del mundo, nos enseña que ella es muy inclinada a dispensar favores bien pagados. Si ella misma es el parásito más esquilmador de la sangre social, tiene a su vez, los suyos. Sus parásitos colaboradores disfrutan de todas las manifestaciones de la vida y de la muerte de los creyentes enceguecidos por el fanatismo, cultivados para víctimas inconscientes y tanto más inconscientes que, a pesar de tener ojos y oídos, no pueden ver y oir; los han paralizado con el fantasma del miedo religioso, del miedo de ultratumba, del miedo de la su-

persticiόn. Le han estrangulado la conciencia, le han convertido en un autómata en forma humana, para que no comprenda que ese fantasma es la creación del espíritu de candidez de la infancia de la humanidad, mantenido por los que en él basaron su señorío, para constituir una casta social; esa casta, sobreviviendo a sus causas de origen ha continuado y continúa siendo el elemento más perturbador, por su acción retrógrada, disolvente y corruptora de todas las esferas sociales, tanto en sus comensales como en sus víctimas, en el festín en que devora las entrañas de la humanidad.

Lo que promete al pueblo no es, pues, sino un engaño, prosiguiendo su viejo sistema que le será eficaz, con la única eficacia que le sea posible obtener, la que dan las inyecciones estimulantes a los agónicos sin salvación; aunque, desgraciadamente, no lo olvidemos, la agonía puede ser larga, con movimientos convulsivos y resplandores de vida, en que pueda hacer mucho daño.

De la caridad a la solidaridad social

La caridad ha sido el manto con que la Iglesia ha cubierto sentimientos que estaban muy lejos de responder a lo que su nombre significaba, pues para el católico no es otra cosa que una forma de adquirir un titulò para la vida futura, una acción que le dé derecho a ocupar el cielo.

Ha podido ser, en cierto tiempo, un fundamento de la función de beneficencia; pero hoy no puede entrar como tal a formar parte de las instituciones! La asistencia al enfermo, al desvalido, las mejoras en las condiciones de la vida del pobre, son la expresión de un derecho que se adquiere por la solidaridad social. El ejercicio de este derecho es también una garantía para los que no la necesitan. En ningún caso es una función de piedad social; los que por ley contribuyan a su sostenimiento, como debe ser, no lo harán porque ese sentimiento los inspire, sino por razones de propia conveniencia y porque lo imponen las condiciones en que formaron sus capitales.

No tenemos sino que dar una ligera mirada a los hechos producidos para apreciar el por qué del relativo éxito pecuniario de la Gran Colecta. No era la caridad, ni el miedo de las maldiciones con que la mansedumbre episcopal las amenaza hasta la cuarta generación, ni los temores a los castigos de ultratumba, pues bien saben

con qué facilidades arregla el dinero estas situaciones. No, no era esto, sino el terror hábilmente explotado a las reivindicaciones del proletariado, al pueblo que se ha presentado amenazador, como la fiera hambrienta, por la cual pedían los obispos, — no en nombre de Dios, que por el momento, según ellos, se satisfacía con las iglesias en que le adoraban, — sino en nombre del más torpe egoísmo. No animaban ni embellecían su espíritu las dulzuras de la caridad, sino que la atemorizaban los furores artificiales y falaces del supuesto anarquismo, fantasmas que representaban a sus ojos incapaces de ver otra cosa que lo que la iglesia les señala.

Y sin embargo, lo que perturbaba la conciencia de los obispos y capitalistas especuladores, ya que no podrían ser las amenazas que habían inventado, era la fría consideración de los hechos, previendo, como una consecuencia lógica de agravios e injusticias, movimientos populares en busca de reparación.

¡Mientras tantas gentes podrán desprenderse de millones sin disminuir en lo más mínimo lo supérfluo que no ganaron con el sudor de su frente, cuántas familias honestas, después de varios años de trabajo personal con que habían concurrido a la riqueza pública y la particular de tantos que nada hicieron por el progreso general ni de nadie, estaban estranguladas por la necesidad y la impotencia provocada en la desfavorable lucha por la existencia, despojados por las instituciones sociales injustas!

Yo amo la caridad y la comprendo, porque nuestras condiciones sociales todavía le dan razón de existencia; pero la caridad desinteresada, la que hace el bien por

el bien, espontáneo, sin publicidad, y sin que su objeto principal sea el exhibicionismo. Desde aquí envío mi aplauso a las almas generosas que conozco, que comparten los sufrimientos ajenos y que obran como una providencia sin interés. Pero, ¡qué enorme diferencia con la caridad de la Gran Colecta! Aquélla responde a un objetivo destinado exclusivamente a levantar al que sufre; esta obra es un medio para atraerlo y humillarlo aún más en su situación moral. La Gran Colecta está muy lejos, no solamente de ser la caridad pura, muy lejos de ser siquiera una caridad interesada: es una maniobra pérfida, audaz y desesperada.

Un famoso orador sagrado francés, el abate Poulle, con una franqueza admirable, inducía a los ricos a que concurrieran en ayuda de la iglesia, en una forma eficaz, sacrificando algo de sus capitales. En uno de sus sermones decía: "nosotros (el clero) estamos encargados del ministerio de la palabra; vosotros estáis encargados del ministerio de la limosna; reunamos estos dos ministerios, la palabra y la limosna, y no habrá infelices, por más enfurecidos que estén, que puedan defenderse de nuestros ataques... Volemos a la conquista de las almas... vamos juntos a todas partes, donde haya miserables que maldigan la providencia; les hablaremos audazmente de la bondad de Dios, que vela por la conservación de todos los hombres, y lo que nuestros discursos no harán sino anunciar, vuestras liberalidades, más persuasivas, lo probarán..."

Allí está el espíritu de la Gran Colecta, el de atraer prosélitos, es decir el de sostener a la iglesia, desarmar con la limosna a los que puedan combatirla. Y esto es,

suponiendo el caso más favorable, el buen empleo de lo suscripto, no descontando todo lo que se dedique a preparativos de guerra social, subvenciones, etc.

El amor de la Gran Colecta por el proletariado y la niñez, es el de una serpiente ponzoñosa. Los ahoga y envenena moralmente, porque analiza la forma que se presta más para organizarlos a su servicio. Este procedimiento constituye una de las fuerzas del clericalismo, que procede en todo de manera sistemática, constante y calculada con arreglo a un plan bien combinado, sin consideraciones de ninguna especie, ni morales ni materiales. Su objeto es llegar y llegar, el credo no le importa.

Es, sobre todo, la supremacia del papismo que ha impreso a la Iglesia su carácter sombrío; su verdadero sentido es la muerte de toda la vida intelectual, el retroceso de toda verdadera ciencia, la ruina de toda pura moralidad... Ha envenenado la vida intelectual de la Europa...

"La Némesis de la Historia pronunciará, tarde o temprano, contra el papismo romano, un castigo terrible, y los millones de hombres a quienes esta religión degenerada habrá arrebatado los goces de la vida servirán, en el siglo veinte, para asestarle el golpe mortal, a lo menos en los estados verdaderamente civilizados... Recientemente se ha calculado que el número de los hombres que han perdido la vida en las persecuciones papistas, contra los herejes, durante la inquisición, las guerras de religión, etc., se elevaba a mucho más de 10.000.000. ¿Pero qué significa este número al lado del, diez veces más grande, de los desgraciados convertidos en víctimas morales de los reglamentos y de la dominación de

los sacerdotes, de la iglesia cristiana degenerada, al lado del número infinito de aquellos cuya alta vida intelectual ha sido muerta, su cándida inocencia torturada, la vida de familia despedazada?".

He ahí, en términos precisos, el programa de la Gran Colecta; no fallará, no, pero solamente para los que no estén en condiciones de resistir. Nuestro deber es ilustrar al pueblo y ponerle en situación de inmunidad ante un virus tan pestilencial. Para ello, necesitamos algo más que palabras, es menester acción y acción, dirigida en el sentido de las reformas sociales justas y que son las más temidas por los clericales; de otro modo, todo será de éxito muy dudoso. Luchando por la justicia, trabajamos por el éxito. Nuestro amor hacia el obrero, que comprende al de la humanidad, nos impone que ejerzamos nuestra acción a fin de que las condiciones de existencia estén basadas en la equidad y en las conveniencias mutuas, para evitar el aprovechamiento de los unos por los otros. La forma abusiva de este aprovechamiento constituye una de las variedades del parasitismo social, que se traduce por las especulaciones del trabajo obrero en todas sus manifestaciones: de la mano de obra como de sus productos, por razones de abundancia como de escasez, amparado todo por la falta de sanción contra los abusos en cuya virtud el robo es una ganancia y la expoliación una hábil maniobra comercial.

Hay brazos anónimos que fueron robustos y que hoy la miseria ha atrofiado, energías tenaces y potentes que la pobreza ha paralizado; y todo ha caído en largos años de labor ímproba en que realizaron la fortuna de otros: propietarios que nada hicieron, intermediarios que todo

lo devoraron, etc. Así exponían su salud, desorganizaban sus hogares, descuidaban la atención de sus hijos y concluían frecuentemente en la tuberculosis, el alcoholismo o la desesperación. Los higienistas humanitarios han clamado por mejorar las condiciones sanitarias del obrero; pero estos hechos, científicamente analizados, me autorizan a insistir en lo que desde tanto tiempo repito en todas ocasiones: no son cuestiones de higiene, son cuestiones económicas, sociales, de equidad y de justicia social.

Es notable que en estos casos se observan fenómenos aparentemente contradictorios y que tienen su explicación física y biológica: las reacciones contrarias. Me bastaría la repetición de lo que he dicho en mi conferencia de despedida de la Facultad. "Cuántas veces las ocasiones del ejercicio profesional me han llevado a los hogares de miseria y he admirado a las heroínas de la lucha por la existencia, viviendo sin goces ni recompensas en la ímproba tarea de formar la familia, batallando contra las privaciones que estrangulan, vencidas físicamente; pero con sus virtudes triunfantes y forjando el carácter que hará el triunfo de la sociedad".

He dicho que la pobreza forja el carácter, porque los hijos de la pobreza, en el conflicto diario que les presentan las condiciones del medio en que evolucionan, desde la carestía de las subsistencias hasta las dificultades del estudio, deben contar casi exclusivamente con el esfuerzo de sí mismos, creciendo en el ejemplo de la voluntad dominadora de las adversidades de la vida. Eso trabaja su alma con energías para el futuro, llevando un poema de más desencanto que de ilusiones, que canta sus sen-

timientos y esperanzas, las aspiraciones por la justicia y las reivindicaciones legítimas.

No olvidemos a la mujer heroína, no olvidemos a la mujer de todas las clases sociales, porque ella es, en todas, también víctima de opresiones legales, de tutorías por considerarla como de menor edad o menor valor, aunque nada lo justifica ni explica y mucho menos en nuestra época. Esperamos que llegue el día en que la igualdad indiscutida que tiene para el sacrificio encuentre la compensación en igual retribución y consideraciones, en igual capacidad para todos los actos de la vida, porque piensa, siente y vive, como piensan, sienten y viven los hombres.

La Gran Colecta, lo mismo que la Liga, proclama por todas partes que en nuestro país todo el mundo puede llegar a las alturas de la fortuna y de la posición, como tantos ejemplos lo demuestran. ¡Qué lejos están ellos de la vida de sacrificio que tantas fuerzas malogran! ¡Qué injusticia, me decía una persona, quejarse de las condiciones en que se vive en estos lugares reconocidamente insalubres (en que era propietario de varios inquilinatos); vea usted cuántos niños fuertes y gordos corretean por las calles! — Sí, le respondí. Es cierto, los veo, pero veo también los que usted no puede ver, la cantidad infinitamente superior que habiendo sido víctima, está en el cementerio!

¡Qué grande de sentimiento el poeta Longfellow cuando exclama lamentando... ¡A cuántos la miseria congeló de sus penas el torrente! Y así pasa; ¡por cada obrero que pueda levantarse, cuántos quedan tendidos por el esfuerzo, generalmente provechoso para otros!

Si ellos, los jóvenes que sobresalen y que han llegado a conquistar situaciones acomodadas, no olvidaran el pasado, si dirigieran un recuerdo agradecido a lo que fué su hogar y meditaran en su carrera, elaborada con lágrimas, privaciones y sacrificios de padres abnegados, serían un elemento de valor inestimable, para combatir la injusticia social, de que ellos mismos, habrán sido las víctimas.

Felizmente, muchos cumplen con sus deberes y desde que frecuentan las aulas son colaboradores eficientes de la gran tarea, hecho que no ha podido pasar inadvertido y que ha provocado la afirmación despectiva, pero elocuente — que se ha hecho voz corriente en Buenos Aires — que la agitación universitaria es la resultante de la invasión del conventillo. Bienvenida si así fuera. El capitalismo usurero, que con las indiferencias cómplices de las autoridades, especula en esta forma con las necesidades de la pobreza, elabora los elementos que la libertarán de sus garras.

Muy lejos de mí la idea de que los jóvenes de fortuna no pueden tener los mismos ideales y capacidades, ni el pensar que la mayor parte hayan sufrido esa lastimosa degeneración que se llama "el niño bien". Tanto más lejos está de mí esa idea cuanto bien sé cómo han concurrido en todas partes, desde los primeros momentos, decididos y consecuentes; Córdoba nos dá un ejemplo admirable por los sacrificios y la abnegación, verdaderos actos heroicos morales, que nos demuestran una vez más que la juventud, cualesquiera que sea la magnitud de las dificultades que tenga que vencer, será siempre la vanguardia de la humanidad.

Deberes de la juventud y del pueblo

Mi palabra y el público consciente que me escucha, demuestra que no estamos reunidos aquí para incitar a multitudes cuyas pasiones se halaguen; nos reunimos para fortalecer la acción, afirmar nuestros propósitos, templar nuestras voluntades decididas a cumplir el programa que los acontecimientos nos imponen.

Uno de los problemas trascendentales para la sociedad, quizás el más difícil, a juzgar por la dolorosa experiencia de tan largos años que ha sufrido la humanidad, es el relativo a la dominación dictatorial, que ha ejercido y sigue ejerciendo la iglesia. Lo comprueba todo lo ocurrido recientemente en Córdoba, de que la administración de justicia ha sido teatro. Esos documentos que parecen escritos hace más de trescientos años, nos hacen la ilusión de que dos autos de fe han obscurecido a la Córdoba civilizada, con el humo despedido por los cuerpos chamuscados de los herejes, Capdevila y Orgaz, estos herejes que han cometido el gran crimen de decir la verdad sobre la Colecta y la Liga, y el más grande de los crímenes: haber creído en el progreso humano, y otro más grande todavía, sostener que habiendo intereses clericales de por medio, si podían existir jueces en Berlín podía haber tribunales de Justicia en Córdoba.

No podemos reir sobre cosas tan serias, que deshonra-

rían a nuestro país si en los demás no hubiera todavía resabios de la edad media y si esta no fuese una excepción: maligna, repugnante es cierto; pero, al fin, excepción.

No nos lamentemos y acentuemos nuestra acción; pero que los clericales no clamen contra las tormentas y los destrozos que produzcan, porque deliberadamente las desencadenan; que no clamen contra las rebeliones pues ellos se rebelan contra la sociedad y contra la constitución que asegura la honesta distribución de la justicia, de la justicia que no es perseguidora, porque no es verdugo.

La gran lucha por la civilización debe ser proseguida a consecuencia de este triste estado de cosas; el fin primero que nos deberíamos proponer sería la completa separación de la iglesia y el estado. La iglesia libre debe existir en todo estado libre, es decir toda iglesia debe ser libre en el ejercicio de su culto y de sus ceremonias, lo mismo que en la construcción de sus poemas fantásticos y sus dogmas supersticiosos; con la condición, sin embargo, que ella no amenace con esto el orden público y la moralidad.

La convulsión social agita al mundo después de la gran tragedia provocada por intereses obscuros. Las ambiciones criminales que tienen por fundamento el desprecio por la vida de los que forman el pueblo; los imperialismos salteadores que prostituyendo el sentimiento de patriotismo sugestionan y arrastran las multitudes a los sacrificios siempre estériles para ellas... pues derrotadas o victoriosas son siempre víctimas...; los especuladores del esfuerzo humano que eleva y endiosa a los usufructuarios de su abnegación y de sus energías...; la convul-

sión social, a pesar de las desviaciones vinculadas al medio patológico en que se desarrolla y que no conocemos todavía en su verdadero carácter, a pesar de la resistencia pacífica o violenta, corruptora o deprimente, va a sacudir los fundamentos sociales y hará surgir la nueva organización que marcará una etapa más en el camino que sigue la humanidad en la conquista de una vida superior.

A vosotros, juventud y pueblo de Córdoba, que habéis conquistado el derecho de ser considerados como la primera fuerza liberal del país, por la iniciativa, por la acción entre dificultades que chocan con la presión de la familia, de la tradición, del medio ambiente y del más feroz de los fanatismos corruptores, a vosotros os toca conjuntamente el honor y el sacrificio de una jornada decisiva, porque requiere la actitud constante y sin vacilación.

Nos habéis dado el ejemplo de las virtudes ciudadanas y sociales, todo lo habéis sacrificado, todo menos la conciencia de vuestros ideales, y la de vuestras fuerzas para imponeros. Vivís en un mundo en que los monumentos del pasado, hombres representativos e inferiores embrutecidos por la superstición, el fanatismo comercial y muchas instituciones, obran como fantasmas de la más terrible pesadilla, de la reaparición de la edad media con todos sus horrores, y engendra sentimientos de encono, de adversión, y sobre todo y más que todo, el que nos inspira el deber de ejercer una defensa eficaz contra tanta amenaza.

De vosotros mismos depende arrojar este fantasma a las regiones de la impotencia, a los antros de lo pasado, que ni aún en sueños debían presentarse a nuestra imagi-

nación. Pero si la Iglesia se considera suficientemente audaz para querer arrojarse violentamente, con el peso de su situación social, oficial y política, si cree aplastarnos con las corrupciones de sus dádivas y favores, o con la amenaza de sus fuerzas, sepamos unirnos. En la unión seremos invencibles. Nosotros representamos todos los sentimientos sanos, el idealismo que mueve al mundo, y el brazo que trabaja y mantiene la existencia de la economía social, que es la fuerza viva de la nación.

Los momentos reclaman el empleo de todas nuestras energías; la acción clerical y de sus aliados naturales, y de los de oportunidad, se hace sentir en toda forma. Pero que lo sepan y declarémoslo, así, abiertamente, y sin ambajes:

No tememos sus agresiones, ni sus violencias de éxito contraproducente; estamos dispuestos a todo; los acontecimientos a que obedecemos dirán, con la suprema verdad de la fatalidad histórica: dejad al pasado enterrar sus muertos... a condición de que sea tan completamente que no pretendan gobernarnos y tengamos que enterrarlos nosotros mismos. Hagamos que el presente sea vida esplendorosa, luz benefactora que irradie paz en la humanidad, la paz de la armonía social en todos los ámbitos de la tierra.

Susini, Telémaco
Los problemas sociales